



Revista de la Asociación Española de  
Neuropsiquiatría

ISSN: 0211-5735

aen@aen.es

Asociación Española de Neuropsiquiatría  
España

Jalón, Mauricio

Reseña de "La oscuridad" de Philippe JACCOTTET

Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría, vol. XXVII, núm. 99, marzo, 2007, pp. 268-269

Asociación Española de Neuropsiquiatría

Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=265019654030>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

guardias artísticas, de modo que, si bien parece querer distanciarse de éstas, reconoce ahí mismo –en esta experimentación, en este trabajo creador que parece absurdo–, un «proponerse mucho» y obsesivamente, que es lo propio del arte del siglo XX. Lem, como el artista plástico renovador, explota los objetos únicos que le rodean, los *explo-ta* en todos los sentidos posibles.

Finalmente, y sobre todo, los dos libros evidencian el magnetismo de una ciudad de resonancias literarias así como la imposición poderosa –para ellos, para nosotros–, de unas imágenes fundadoras seleccionadas por el azar, o por el tedio, la espera y la herida de la infancia. En todo caso, funcionan con independencia de nuestros gustos y nuestra aptitud para atesorar impresiones. Lem, más violento que su antecesor, afirma que la memoria, amiga y enemiga suya, le niega el acceso a donde quiere realmente ir, de modo que sólo puede abrirse paso a ciertos lugares indeseados: «La memoria y yo somos un par de caballos que se observan con suspicacia, que tiran del mismo carruaje». Por su lado, Wittlin ve también cómo esas sombras perseguidas por él se disipan o se apelmazan y adensan, pero se aligeran otra vez, de pronto: «Van y vienen, vienen y van hasta el infinito». Están calladas; pero en ese paseo de sus sombras, los muertos paran a los vivos para conversar; unos y otros forman así parte de los vivos, lo mismo que Wittlin y Lem lo están hoy en estas páginas.

M. Jalón

Philippe JACCOTTET, *La oscuridad*, 2006, 132 pp., tr. y epílogo de Rafael-José Díaz.

Al repasar a los autores más singulares del siglo XIX se advierte cómo ciertos tex-

tos suyos exploraron las zonas mentales más inseguras a través de una experiencia *manuscrita* en verdad eficaz, aguda e intensa. Se adentraron, así, en un territorio a medias consciente y perturbador, del que la psiquiatría luego consolidada sólo pudo dar cuenta, precisamente, poniendo una tras otra las palabras de tales experiencias; esto es, repitiéndolas de un modo más bien literal, en buena medida, y sin lograr agotarlas, por fortuna, mediante concepto alguno. Es el caso de *Sobre la elaboración del pensamiento a medida que se habla* de Kleist, los *Estadios eróticos inmediatos* de Kierkegaard, las *Memorias del subsuelo* de Dostoyevski, *Un capítulo sobre los sueños* de Stevenson, *El alienista* de Machado de Assis o *Ecce homo* de Nietzsche.

Pasada ya la gran centuria de la literatura, en un siglo tan devastador como fue el XX, esa forma de escritura inspirada e íntima se prolongó en ciertas prosas más aisladas y espinosas, menos generalizables que las antes citadas, pero que tomaban un «oculto relevo» de sus antecesoras. La *Carta de lord Chandos* de Hofmannsthal o la *Carta al padre* de Kafka serían ejemplos inaugurales de ciertas piezas «privadas», recónditas y llenas de enigmas. A una modalidad más abstracta pertenecería *Espacio*, de uno de nuestro máximos escritores, Juan Ramón Jiménez. Cabe añadir en lengua francesa, y para acercarnos a nuestros días, tres escritos muy distintos: *El charlatán* de Des Forêts, de 1947 (rescatado por Arena, en 2004), *L'arrière-pays* de Bonnefoy, de 1972, y, un año después, *La folie du jour* de Blanchot.

En medio de esas fechas, en 1961, se sitúa *La oscuridad* de Philippe Jaccottet, donde este escritor suizo –poeta y crítico–, nacido en 1925 y afincado en Francia, se adentra en un mundo enrarecido, en el cual

ciertas convicciones morales atesoradas por el narrador gracias a las enseñanzas de un viejo *maestro*, por entonces en fuga, quedan desgarradas y casi aniquiladas por el reencontro con éste («el orden del cielo estaba roto») y expuestas mediante el relato de una espectral visión nocturna —entre habitaciones, calles o voces triviales y estridentes—, de esa vida idealizada y ahora en quiebra.

Hay escritores, como Jaccottet, que son capaces de inventar una modalidad literaria que les pertenece sólo a ellos (y que deriva de la hondura de su introspección), y en la que nos ofrece un clima de afectos rarefactos pero determinantes de la huella más personal; una atmósfera intermedia entre la ensoñación, el pavor y la dolorosa luz («desierto de luz»); un espacio físico más o menos deforme, lleno de palabras que zumban; un transcurso temporal extrañamente concentrado o expandido. La embriagadora ftofobia interna de *La oscuridad*, las modulaciones de la euforia y la tristeza que ahí afloran no se hallan en textos de otro género, sea el ensayístico, el relato psicológico o la novela. Así que este escrito tan original y evasivo discurre a su modo, sobre todo en la primera parte, como un líquido espeso; y es una de las mejores catas en las entrañas desordenadas de alguien que llega a decir: «La verdad es que no puedo pasar».

No en vano Jaccottet ha sido un valiosísimo traductor del griego y del alemán, del español y el italiano —de Homero (*Odisea*), de Hölderlin, Novalis y Rilke, de todo Musil, de Góngora y Ungaretti—. Conoce bien, pues, esa mediación inventiva tan creadora, decisivamente *filosófica* que se da entre las palabras extranjeras y las ‘domésticas’,

entre las más distintas culturas escritas en el momento en que son vertidas al lenguaje materno. Lo cual es un pasaporte personal para poder representar la mayor extrañeza psíquica: el viaje singular y vital de Ulises; el *delirio* vivido por esos tres poetas alemanes, encabezados por Hölderlin; el hermetismo tanto del barroco castellano como del sucinto poeta Ungaretti; y, especialmente, la amplitud del campo visual y la fuerza analítica y meditativa de Robert Musil, a quien tradujo en su integridad, lo corroboran.

Pero en *La oscuridad* se parte de un mundo casi despojado de referencias. Una de las voces que intervienen llega a decir que «han huido todas las imágenes y ni siquiera me enfrente a la oscuridad vaga en que me encuentro, ni siquiera a la sombra, ni siquiera a un cálido hoyo en la tierra». Sí; ese es su tono. Y, aunque hay un Jaccottet bastante distinto, que abarca buena parte de su obra, orientado hacia una evidente y clásica busca de la belleza, su propósito general se nos hace más problemático tras leer este libro. En todo caso, su poesía transmite *confianza*, como señaló Starobinski en un gran artículo sobre el escritor de 1971; confianza que nos llega en *Cuaderno de verdor*, *A la luz del invierno* o *Pensamientos bajo las nubes*, traducidos desde 1997 al castellano hasta hoy, con *El ignorante* (Pre-Textos, 2006).

La obra de Jaccottet, muy extensa, empieza a ser buscada cada vez por más lectores, y desde luego se ve potenciada por su traductor: se lo agradecemos a todos.

Mauricio Jalón